

## RECENSIONES

CORDERO TORRES, José María: *Textos básicos de Africa*. Dos volúmenes, 881 y 762 páginas. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1962.

Entre las muchas actividades de que nos ha ofrecido reiterado y laudable testimonio don José María CORDERO TORRES, queremos dispensar hoy especial atención a sus tareas, en cuanto infatigable y experto compilador. CORDERO TORRES, abstracción hecha del libro que recensamos y de otros muchos que constituyen brillante exponente de sus actividades como publicista, nos ha ofrecido anteriormente dos magníficas compilaciones (*Textos básicos de la Organización Internacional* y *Textos básicos de América*). Acaso algún lector considere que si es tarea útil la llevada a cabo por todo compilador como tal, dicha actividad está despojada de cuanto implique aportación doctrinal o valor de creación, debiendo confinarse el esfuerzo así realizado a la esfera puramente informativa o acumuladora de datos, escrupulosamente ordenados y alfabetizados. Digamos que nuestras apreciaciones están muy lejos de concordar con las anteriormente consignadas. Téngase en cuenta que a lo largo de una ya dilatada vida, hemos dispensado persistente atención al estudio de los problemas que integran la llamada política internacional y aun cuando sospechamos que la eficiencia no coincide con la extensión, estimamos que la tarea realizada, por lo que tiene de continua, abuelve parcialmente al autor del notorio déficit que puede serle atribuido, en cuanto exégeta de los problemas internacionales de tipo político.

Ahora bien, ni siquiera la modesta tarea emprendida y en parte consumada, sería posible si no dispusiésemos de fuentes de información, ni estuviesen a nuestro alcance compilaciones debidamente articuladas. Las anteriores consideraciones explican adecuadamente, cómo en más de una coyuntura hemos lamentado la carencia de fuentes documentales, vacío que nos impedía formular juicios que revistiesen la condición de objetivos y se reflejasen en una sucesión de apreciaciones, que corriesen el riesgo de no ser adecuadas. Tal angustia, de la cual hemos sido frecuentemente sujetos pacientes, se verá ahora desvanecida y ello por obra y gracia de la colección de textos a que nos estamos refiriendo.

Si constituye siempre tarea ardua la que representa, el seleccionar primero, justipreciar después y en último término ordenar lo que el autor se propone ofrecer en cuanto elemento de orientación documental, esa dificultad se incrementa cuando los textos, debidamente clasificados, se refieren a un continente, cual el africano, situado frente al urgente problema de su articulación, que debe ser alcanzada sin diferimientos. Si algún español estaba en condiciones de ultimar esa actividad, es precisamente CORDERO TORRES. No diremos de él que es un consumado africanista, ya que ese apelativo puede no tener otro valor que el de una mención notoriamente irrelevante; es africanista, no lo que evidencia mostrar interés por todo lo que acontece en el continente negro, sino el que ofrece claro testimonio de haber ahondado en el estudio de los problemas ultramarinos, tarea esta última de la cual nos ha brindado reiteradas

pruebas CORDERO TORRES, tarea tanto más admirable cuanto que fué llevada a cabo sin contar con otro eco verosímil que la distracción de los más, la indiferencia de otros muchos y la frivolidad de los improvisadores. Superar lo que puede encerrar de presión disuasoria ese desolado panorama circundante, evidencia estar en posesión de un alto sentido, en lo que atañe al cumplimiento de lo que consideramos como ineludibles deberes.

Esperamos que el lector de estas páginas encuentre disculpable e incluso justificable, este hincapié que brindamos, en lo que atañe, de un lado, a la personalidad del autor y, de otro, el medio ambiente dentro de cuyo ámbito se formó el gran africanista que es CORDERO TORRES. Pero hay algo que no trasciende, ni de las líneas precedentes, ni de las páginas que comentamos y respecto de cuyo extremo, guardar silencio nos parecería constituir pecado imperdonable: nos referimos a lo que pudiéramos denominar personalidad íntima de CORDERO TORRES, a saber, su modestia, no en cuanto imagen invertida de una inclinación pretenciosa, astutamente parapetada tras una engañosa humildad, sino en cuanto fruto sano y recto de un modo de ser y eco honesto de una conciencia que nada quiere retener en su específico provecho y nos brinda, por el contrario, el claro testimonio de una total entrega a la causa del bien común.

No sabemos si al trasluz de las anteriores consideraciones, percibirá el lector la estela de una reacción apologética, que situaría a este modesto enjuiciador en difícil postura para ofrecer una versión objetiva de lo que representa la publicación que estamos glosando. Gracias a Dios, todas esas supuestas y maliciosas sospechas, se considerarán como carentes de razón de ser, cuando seguidamente prestemos específica atención al contenido de los dos volúmenes que acaba de editar el Instituto de Estudios Políticos.

\* \* \*

El primero de los dos citados volúmenes abarca el contenido del mundo africano, así como sus apéndices insulares, todo ello referido a un proceso histórico que comprende, desde lo que el autor califica de África primitiva, hasta la primera de las dos últimas postguerras y en cuanto elementos calificadores del citado período, se hace especial mención de lo registrado, primero en el seno de la Sociedad de las Naciones, en lo que atañe a la institución de los Mandatos, y después en la Carta de las Naciones Unidas, en lo relacionado con el sistema de los fideicomisos y a las normas positivas acordadas para el desenvolvimiento de ese principio básico, en los años limitados por el de 1945 y el período final del 1961.

Seguidamente se consagra un capítulo al estudio de cuál ha sido el origen, evolución y destino posible de los Imperios europeos que han logrado instaurarse en África, referido de modo especial a Francia e Inglaterra. En lo que concierne a Inglaterra, el autor, con gran acierto, delimita dos experiencias, una referida a lo que denominaríamos Primer Imperio británico, otra concerniente al III Imperio inglés, que si bien ya constituía realidad potencial al finalizar la guerra de 1914 a 1918, adquiere perfil definitivo con la famosa Ponencia Balfour, naciendo así la «British Commonwealth of Nations», institución tan madura y tan carente de artificialidad, que su vigencia explica, en no pequeña medida, la aparición de dificultades a que debe hacer frente Gran Bretaña ahora que se propone ingresar en la organización del Mercado Común y habida cuenta de que la Commonwealth, precisamente por el margen y la elasticidad en que se han inspirado sus creadores, posibilita el ensanchamiento de esa institución en el orden del tiempo y del espacio; por cuyo motivo el continente africano estaba destinado a convertirse en elemento proveedor de nuevos sujetos de la Comunidad de Naciones Británica. Tal fenómeno extensivo y la evolución estatutaria que lleva aparejada, lo sigue de cerca CORDERO TORRES, llegando en su exposición y en su tarea compiladora hasta el año de 1961.

En lo que atañe a otro de los dos grandes ex imperios coloniales—el francés—, CORDERO TORRES, con mucho acierto, lo refiere a las mutaciones registradas a partir de la promulgación de la Constitución de la V República francesa y el reemplazo de la

## RECENSIONES

absoluta Unión Francesa, por la vigente Communauté, pudiendo el lector deducir fácilmente del contenido de los documentos que se insertan, cuál fuera la evolución del sistema ultramarino galo, referido al mundo africano y comprendido entre los años de 1958 y 1962.

Se dedica también adecuado espacio a consignar las disposiciones de la Constitución portuguesa, modificada en 1951, en lo que concierne a ultramar y en las cuales se articula el sistema «provincialista» y singular de la organización lusitana, en lo que atañe a sus prolongaciones extrapeninsulares.

\* \* \*

Hasta aquí, las valiosas aportaciones documentales que nos brinda CORDERO TORRES atañen más bien a las relaciones entre los pueblos africanos y lo que hoy constituyen ex metrópolis, pero aun cuando este aspecto del problema encierra notoria relevancia, otras cuestiones se han planteado a las cuales parece inexcusable referirse, como son las relaciones que asoman en el interior del inmenso sector afro-asiático, la posible función de Europa respecto del continente africano, en lo referente al factor económico y ayuda técnica y, finalmente, el complejo pleito del interafricanismo. Ciertamente el autor ha logrado valorar y situar adecuadamente, mediante su aportación informativa, los tres problemas cruciales del continente africano, evitando así el posible extravío del lector si éste se viese constreñido a penetrar en la espesa selva de acuerdos, declaraciones y convenciones, que se registran entre los años de 1945 y 1962. Es dable valorar el alcance de este esfuerzo documental, con la vista puesta en tres grandes problemas; de un lado la inclinación antiimperialista, artificio peligroso en manos de los afroasiáticos, opuestos a toda posible acción de la Europa occidental, inclinación que parece reflejada, con cierto grado de tumultuaria irresponsabilidad, en Bandung, y que después perderá parte de su fobia inicial. Tal antiimperialismo ruidoso, ofrecentadoras coyunturas, tanto al neutralismo postbélico, cuanto al totalitarismo moscovita.

Si Europa—abstracción hecha de la dramática experiencia argelina—ha sabido ofrecer muestras de evidente comprensión en lo que atañe a las inclinaciones manumitidoras, cada vez más acentuadas, ello posibilitará en gran medida que el truncamiento no sea absoluto y que una prometedora cooperación se establezca entre las ex metrópolis y los nuevos Estados africanos.

Finalmente, conviene recordar que pugnan por abrirse paso en el continente africano dos tendencias: una a cargo de los impacientes, que aspiran a quemar etapas y sueñan con la próxima instauración de un sistema ideado a escala panafricana; otra, más posibilista, más inclinada hacia la evolución creadora. Sobre estos ademanes discrepantes, nos ofrece CORDERO TORRES valiosos elementos documentales de orientación.

\* \* \*

El segundo de los volúmenes, de los cuales es autor CORDERO TORRES, lleva por subtítulo el de «Parte Especial». La documentación que contiene se distribuye en cinco grandes capítulos, que comprenden las siguientes materias: VI. Magrib y Sahara (1. El Imperio cherifiano; 2. Penetración y protectorado de Marruecos; 3. Independencia y colaboraciones marroquíes; 4. Argelia; 5. Túnez; 6. Libia; 7. Ifni y Asia occidental). Ahora que alcanza palpitante interés el problema del llamado Gran Magreb, el citado capítulo encierra un valor informativo y orientador de enorme importancia. El capítulo VII se refiere al África nilótica y somalí y comprende textos concernientes a Egipto, el Canal de Suez y la R. A. U., Etiopía-Eritrea y las Somalías. El VIII concierne al África occidental (Francia en Sudán y la costa; Inglaterra en el Níger y la costa; Liberia; distribuciones franco-inglesas; formaciones independentistas; distribuciones anglo-germanas). Se refiere el capítulo IX al África central (1. Distribuciones intereuropeas; 2. Formaciones independientes; 3. Asociación y Estado de

## RECENSIONES

Congo; 4. El Congo, Bélgica y la O. N. U. AtaÑe el capítulo X al Africa austral e indica (1. Zanzibar y el Este africano; 2. Portugal en Sudáfrica; 3. La formación de Sudáfrica; 4. Madagascar e islas Indicas).

Finalmente, y en calidad de apéndice, se publica el texto de los acuerdos franco-argelinos, concertados en Evían el 18 de marzo de 1962, documento de una trascendencia histórica que no estimamos preciso encarecer. Sigue a tal publicación la de las declaraciones franco-argelinas complementarias de los acuerdos de Evían.

\* \* \*

En cuanto precedente y esfuerzo aclaratorio, encaminado a situar al lector en condiciones adecuadas para consultar, con posibilidades informativas y valorativas, los textos que seguidamente se le ofrecen, CORDERO TORRES dedica como parte introductiva un extenso capítulo (páginas 13 a 88), consagrado al análisis de lo que el autor considera como antesala irremplazable, respecto a todo establecimiento de contacto con los problemas africanos. A lo largo de esas páginas preliminares, CORDERO TORRES, apoyado en su profundo conocimiento de los problemas africanos, va pasando revista a una serie de cuestiones que expone, analiza y valora, con tal fortuna, que una consulta a esa tarea presentativa generará en el ánimo del lector la imprescendencia de encarar los problemas africanos con un sentido de responsabilidad tanto más necesario cuanto que, en la actualidad, la política internacional se ha popularizado tan acentuadamente, contribuyendo ese fenómeno extensivo a la deformación de conceptos, a cargo de los frívolos o de los enciclopedistas que adornan con su presencia habitual las mesas de los cafés o de los casinos. He aquí los problemas a los cuales pasa revista CORDERO TORRES, sin departirse de su evidente sentido de equilibrio y ponderación: 1. Presentación geográfica; 2. Las sociedades africanas; 3. Africa en el mundo, antes de 1885; 4. Euroja en Africa, desde 1885 a 1914; 5. Las dos grandes guerras, la Sociedad de las Naciones y la O. N. U. en Africa; 6. La regionalización internacional en Africa; 7. Distribución internacional de Africa. Los enunciados que acabamos de enumerar, en esencia, agotan los elementos integrantes de lo que debe ser una visión panorámica del continente negro, ateniéndose el autor a otorgar la debida beligerancia a cada uno de los citados problemas.

\* \* \*

No sabemos si el lector de la *Revista de Política Internacional*, una vez consultada la *recensión que antecede*, percibirá que asoma en su espíritu, con notorias exigencias, un deseo: el de imitarnos y beneficiarse de los elementos esclarecedores que generosamente le brinda CORDERO TORRES. De lo que sí estamos completamente seguros es de que si algún lector de estas apreciaciones, considera adecuado contrastarlas con el original de la obra reseñada, guardará hacia nosotros una deuda de gratitud, por haberle instigado a consultar las páginas escritas por CORDERO TORRES, que si no contribuyen a incrementar el prestigio del autor—superación que consideramos imposible—, indudablemente la ratifican, en forma concluyente, a los ojos de sus admiradores, entre los cuales tenemos el privilegio de incluirnos y, en lo que a nosotros específicamente concierne, debemos proclamar que, en nuestra calidad de modestos africanistas, CORDERO TORRES nos ha liberado de una evidente angustia, manumisión determinada por la circunstancia de que antes de conocer los dos volúmenes de CORDERO TORRES, nos veíamos obligados a consultar, en ocasiones con éxito, en otras infructuosamente, textos dispersos y de difícil ayuntamiento. En este sentido, CORDERO TORRES nos ha deparado un inmenso servicio: el de manumitirnos, respecto de una preocupación determinada por el déficit de fuentes informativas, glosas y análisis, sin cuyo previo conocimiento resultaba imposible orientarse en esa terrible fronda de las complejidades y los micronacionalismos africanos.

CAMILO BARCIA TRELLES.

BATHIL DE LARSONNEUR: *Historie de Gibraltar*. París. Presses Universitaires de France, 1955, 1 vol. de 128 págs., s. p.

Presentamos a nuestros lectores un librito, cuya fecha de impresión denota cierta vetustez, y cuyas proporciones materiales son modestas; aunque no tanto como su contenido, pletórico de omisiones y hasta errores—dudosamente excusables en todos los casos—dentro de ese tono de animadversión y hostilidad hacia todo lo español, tan poco raro en las publicaciones de origen extranjero, cuando se consagran a los temas que afectan a la presencia española en el mundo. Pero todos esos reparos, lejos de restar interés a la obrita, refuerzan el que le corresponde por la materia abordada. Pues Gibraltar tiene poca y fragmentaria literatura. Si la «colonia británica» de Gibraltar se mantiene doblado el siglo xx, es sin duda por la fuerza de las armas; pero en la escala de los medios empleados por sus poseedores para prolongar su instalación, no figura en último lugar, la gran conspiración del silencio, oral e impreso; ya que la mera divulgación del problema constituye de por sí un alegato en favor del cese de la excepcional y anacrónica supervivencia de una colonia en el territorio de esa Europa continental, a cuya organización en marcha pretenden sumarse los «colonizadores» de aquel rincón de suelo europeo. Por tanto, hay que dedicar al desgraciado y tendencioso, digamos ensayo—parece encargo—de la diplomada en Historia y del Instituto de Ciencias Sociales, Bathil de Larsonneur, una atención que excede de sus méritos intrínsecos.

Ya en la breve y anodina introducción, la autora señala el sentimiento de orgullo derivado del contraste apreciable entre la brillantez del iluminado Peñón y «la oscura España», para comprender mejor los remolinos nacionalistas que su solo nombre basta para provocar. Luego el libro, habilidoso cantor del genio, organizador, defensivo y emprendedor de los británicos y de la potencia en ello aplicada, incide con cualquier oportunidad—o sin ella—en hostilidad, disfrazada de desdén a veces, hacia todo lo español. Y como en 1955 parece imposible estampar en París un libro que defienda al último reducto del colonialismo imperialista—hasta en su faceta contrabandista—la autora tiene que inventarse una tesis que por disparatada que sea, complacerá a los miembros de la caballería de San Jorge, y podrá engañar a los numerosos desconocedores del problema gibraltareño, versión específica de la añeja opción en toda relación humana, entre los dos criterios del predominio de la fuerza bruta y de primacía de una justicia que puede conciliar el decoro y el realismo.

En el primer capítulo, «Gibraltar en la antigüedad», la lejanía de la exposición elimina el veneno, aunque no los errores, porque identificar Carteya y San Roque se nos antoja excesivamente gratuito. El segundo capítulo, «La conquista mora y la reconquista» parece ya más *en situación*; pues los británicos y sus asalariados pretenden que la historia española de Gibraltar empieza en 1462 y acaba en 1704, como si los períodos romano, godo e islámico quedaran a extramuros de la Historia española; la contraposición de «moros» a «españoles»—es decir, de musulmanes a cristianos—sin distinguir en los primeros entre magribís y andalusís, de no denotar incultura o imprecisión, denunciaría un propósito deformativo visible hasta en la terminología empleada como «dominación española». No conocemos ningún librito español, bueno o malo, sobre la Historia de Francia, que califique de dominación francesa a la soberanía ejercida sobre Calais, después de su conquista a los ingleses. Y no sabemos cómo habrá que expresar la naturaleza de la soberanía británica en las islas del Canal.

En el tercer capítulo, «Gibraltar bajo la dominación española», empiezan las negras tintas repetidas siempre que se nombra al país donde está Gibraltar: «la historia militar y económica de Gibraltar, posesión española (sic) no es sino la de su lenta decadencia». Se trata de ir preparando al lector para el contraste con los esplendores de la dominación—esta vez designada con exactitud—británica, con un criterio igual al que podríamos emplear para calificar de primitiva la acción francesa en Quebec o Nueva

Orleáns, porque durante ella no hubo automóviles ni televisión. Y, por cierto: *Ataranza* no nos parece que pueda ser transcripción válida de *atarazana*. De paso, la pluma anti-española de la autora se escapa del tema en busca de más fértiles campos: la unidad española se hizo «en provecho de Castilla», lo que explica que el espíritu religioso y el espíritu imperialista, primaran sobre el de comercio. Al revés que en Francia, en que el ansia de botín llevó a los reyes *d'oil* a devorar a los países *d'oc*.

En este capítulo hay un epígrafe quizá algo prematuro, dedicado a los ingleses en el Mediterráneo, en el que entran y salían a placer, cruzando el Estrecho por la incapacidad de los *terricolas* españoles para impedirselo. Las imitaciones baratas de Haushofer siempre han sido peores en los imitadores que no parecen haberlo leído. Gibraltar español fué «una villa sucia», que se despoblaba y languidecía; hasta que el paso de un mundo que no había sabido modernizarse a otro en vías de desenvolvimiento—son conceptos del libro—lo hizo cambiar y encontrar *su lugar* en el marco del Imperio británico.

El capítulo IV, toma de Gibraltar por los ingleses, nos explica la guerra de sucesión como debida al deseo de apropiación de América, y no a la instalación de un monarca francés en España. Algunos datos sueltos merecen ser registrados. Así el de quo tras de la marcha de la población, sobre cuyo carácter forzoso o semiforzoso no se pronuncia el libro, había en 1721 en Gibraltar 45 ingleses, 96 españoles y 169 «genoveses», quizá parte semitas. En 1753 las cifras anteriores estaban sustituidas por las siguientes: 439 ingleses, 597 genoveses, 375 judíos, 185 españoles y 28 portugueses. El de que el problema de la frontera en el istmo arenoso, que España no quiso ceder, nunca ha sido resuelto jurídicamente, de suerte que el trazado es el hecho de un *modus vivendi* y no la resultante de un Tratado. Y dicho sea de paso: contra la confusa expresión del libro, Inglaterra no ha ocupado nunca La Línea, sino la parte comprendida entre las inundaciones y la actual separación material. Gibraltar no era, dice el libro, un negocio para Inglaterra en el siglo XVIII, sino una pieza de cambio. Con lo que explica el capítulo V, Gibraltar en la política inglesa en el siglo XVIII, a cuyo comienzo hay una precisión notable: Inglaterra se dirigía contra Francia y deseaba la amistad española. Seis veces España rechazó las ofertas inglesas de trueque. La autora hubiera debido sentir pudor al atribuir las a la intransigencia y no a la fidelidad... al Pacto de Familia.

El transcurso del tiempo fué cambiando la opinión pública inglesa de abandonista en conservadora, sentimental e intransigentemente en la masa, con mayor frialdad en sus conductores. Al final del capítulo, la autora examina el problema jurídico de la validez de los títulos británicos, que reputa indiscutibles. Aunque a sus razonamientos legales añade al final otro que la traiciona: Gibraltar es tanto más tierra inglesa, cuanto que no hay en ella súbditos españoles que pudieran invocar el «derecho de auto-determinación de los pueblos». La autora no añade que no los hay porque Inglaterra no deja que los haya, con su perenne limitación de residencia. Y concluye preguntándose si ante la *conciencia internacional* es igualmente sólido el derecho de la Gran Bretaña. A lo que responde: en el fondo, esto no es, sino una vez más, el drama de Gibraltar: menos materia de estudio lógico que de polémicas. Ello es tan verdadero en el plano de su estatuto, como en el histórico.

El capítulo VI se dedica al Gibraltar en el siglo XIX, calificado de llave del Mediterráneo, revalorizada por la apertura del Canal de Suez. La autora se guarda de añadir que el Peñón se troca de plaza que se defiende, en cabeza de puente que se expande, por la pérdida del poder naval español en Trafalgar, y por la ruina nunca indemnizada de la invasión napoleónica. Cita las actividades calpenses: abastecimiento, carboneo, depósito distribuidor de mercancías, sede de entidades de seguros, de un contrabando floreciente y de refugiados o conspiradores. La población crece de 14.000 a 20.000 almas, mientras se toman medidas urbanísticas, resolviendo problemas como el del agua, que según el libro se capta de la fluvial o se importa, porque las vecindades no la tienen y son sistemáticamente hostiles (sic). El puerto experimenta grandes mejoras; a fin de siglo su capacidad decrece, pero el turismo le abre nuevas perspectivas.

En su excursión histórica, el libro consagra el capítulo VII a Gibraltar en el siglo XX.

hasta 1939: lo empieza con reiteradas menciones a la hostilidad española, que se nos antojan inexactas, de no dar a ese vocablo el sentido pasivo de repugnancia ante la ocupación extranjera. Más exactas son sus precisiones sobre los trabajos diplomáticos ingleses para obtener «la neutralidad» de los territorios españoles vecinos. En realidad, esta política subsiste hoy: Gibraltar sirve a Inglaterra para neutralizar a la península y excluir a España de la política internacional, como se ve, por ejemplo, en la O. T. A. N.; de suerte que sus graves perjuicios para el país desposeído no son un recuerdo sentimental ni han disminuído. Pero la autora prefiere cargar sus negras tintas sobre las reivindicaciones españolas, a las que liga con la política alemana: suponemos que de escribir el libro, ya en la actual luna de miel franco-alemana, la pluma de Bathilde Larsonneur se hubiera deslizado más deprisa en cuanto a la mención de este último país. Reconoce que poco antes de 1914, el *Foreign Office* opuso a una «pretensión española»—entonces se trataba de una cuestión entre monarquías constitucionales y emparentadas—una negativa no definitiva. Algunos errores salpican el texto: la Conferencia de Algeciras no se reunió en 1902. Y podría haber escrito Navarrete sin italianizarlo con una doble t.

En el capítulo VIII, sobre Gibraltar en la segunda guerra mundial, el tinte digamos antifascista que recubre la postura antiespañola, da un carácter folletinesco al relato, y crea un problema a la narradora para conciliarlo con el hecho de la oposición de Franco a la «operación Félix», que en aquel momento salvó al Gibraltar inglés. Un poco exagerado es el calificativo de «Gibraltar invulnerable» a los bombardeos: el general Eisenhower precisa en su *Cruzada en Europa* lo que como técnico dijo a Churchill sobre este extremo. En el canto al formidable esfuerzo que permitió al Peñón tener un aeródromo, nada se dice sobre lo que su construcción representó para la ya violada integridad del territorio contiguo no comprendido en el Tratado de Utrecht.

Varios aspectos de la realidad calpense nutren el capítulo IX y último, sobre Gibraltar tras la II Guerra Mundial: la «renovación demográfica» de la que no tiene más remedio que reconocer su anormalidad por esa perenne exclusión de los españoles que impide cualquier solución autodeterminista del problema y que mantiene la curiosa categoría de una población flotante de trabajadores diurnos; las cuestiones del alojamiento, del abasto de agua (silenciando el abasto desde el vecino campo), y de la electricidad. En cuanto a la «renovación económica» la autora describe la más típica de las situaciones coloniales, tal como se practicaron fuera de Europa en el siglo XIX: patronos—o simplemente dirigentes—ingleses, y obreros o subalternos españoles, sin excluir los concurrentes importados que reducen y rebajan los niveles asignados a los españoles. Añadamos con sinceridad que desgraciadamente—desde el punto de vista español, que es el nuestro—España coopera a esa política, como en general a la subsistencia de la colonia, aceptando el suministro de la mano de obra «flotante» que a cambio de unas libras de retribución, mantiene la dependencia económica del campo, el contagio permanente emanado de la plaza, y resuelve a ésta los problemas que tendría de conservar siempre sobre su suelo a sus trabajadores—fueran españoles o de tercer origen—con sólo proceder a la exacta observancia de los preceptos sobre comunicación contenidos en el Tratado de Utrecht.

Para escarnio del lector objetivo, la autora subraya que la mano de obra es «abundante» y «barata» por la incapacidad de España, país subdesarrollado con paro permanente, para dar a cada cual trabajo; en contraste con la capacidad importadora de España, respecto de los productos gibraltareños, por el crecimiento de la renta nacional española, beneficioso para el Peñón. Sin embargo, la pintoresca lección de Economía imaginativa que figura en el capítulo, no oculta el hecho de la fragilidad y de la anormalidad de la llamada industria calpense, que tiene dos significativos pilares: el puerto, a base de la eliminación de Ceuta y Algeciras, y el contrabando contra España, colaboradora inconsciente o mal defendida de los planes británicos para aliviar la carga que supone el Peñón. La «renovación administrativa» de la colonia se presenta por la autora como reconocimiento por el Gobierno inglés de la madurez del Peñón: ¿qué madurez? Porque lo que se nos describe, es un típico estatuto colonial, de fondo militar, en el que todos los poderes democráticos (?) locales tienen por tope la voluntad del gobernador y la del *Colonial Office*.

A la autora no se le escapa la cláusula electoral discriminatoria de la población laboriosa que sólo habla español aun siendo—dice—«de nacionalidad gibraltareña»: nacionalidad que desconocíamos y que seguimos sin encontrar, como tampoco podemos apreciar la pretendida evolución desde «una mayor independencia administrativa» (?), hacia una «cierta madurez política». Naturalmente, el capítulo acaba en pleno folletín diplomático: las reivindicaciones del «antiguo aliado del Eje»—¡si esto hubiera sido verdad, al menos tanto como en Vichy, cuánto hubiera cambiado la vida calpense!—, se han ligado a la alianza americana y han sido rechazadas por Inglaterra. Los españoles sabemos a qué atenernos sobre el valor que puede tener la alianza con otro país anglosajón. Aunque más pintoresca es la conclusión de la obra, basada en la «propia personalidad» del Peñón, cuyo desarrollo permite integrarlo en una vida económica más amplia. Inglaterra, según el libro, tiende a reconocer a Gibraltar la «independencia empírica» que recubre a los territorios del *Commonwealth*, autónomos de hecho. «Gibraltar, por otra parte—añade—, quedaría siempre aparte de la vida española, demasiado retardada.» Así soluciona la autora el problema, aunque por fortuna su capciosa simplicidad no basta para eliminarlo de la realidad. El problema de Gibraltar no es—sigue diciendo—el de dos nacionalismos en lucha, sino el de un nacionalismo creciente y dinámico, el de los gibraltareños, que desean afirmar su originalidad tanto respecto de los españoles como de los ingleses. La solución del problema podría encontrarse en un estatuto internacional de «igual naturaleza» que el de Tánger, que calmara las pasiones, respetase los derechos históricos y los intereses del Peñón.

Con esta curiosa mixtura, de estolidez y frigidéz dialéctica concluye el libro; que si no se dirige a los habitantes de otros planetas, está destinado a los tontos. O, lo que es más doloroso y peligroso, a los abundantes lectores de buena fe, pero desconocedores de la cuestión, susceptibles de ser extraviados por quien es dudoso que pueda invocar esa buena fe. Porque si Bathilde de Larsonneur se ha molestado en darse una vuelta por el Peñón—para ella sí habrá habido permiso—no encontrará la inventada «nacionalidad gibraltareña», ni otro nacionalismo (?) que el humano deseo de seguir viviendo bien, a costa de los ocupantes, de los vecinos españoles y de quien se presente. Deseo respetable, que España ha debido declarar que piensa garantizar y fomentar, en la hipótesis razonable de una restitución negociada de lo ocupado, que nunca podría ser expoliatoria ni destructiva de cuanto se ha creado bajo la ya larga presencia inglesa, compatible con la soberanía originaria y con el autogobierno local, indiscriminatorio y armonioso. En este sentido, es claro que Gibraltar se ha ganado a pulso un régimen local con estatuto propio; si bien la mención del de Tánger se presta a equívocos que aconsejan olvidarlo, aunque despierte nostalgias tardías en la autora. Lo que no puede ser es que cuando el «colonialismo» y a veces simplemente la colonización, caen aceleradamente en todo el mundo desahuciados por la O.N.U. para 1970 y Europa se construye, superviva ese microcolonialismo, automáticamente agresivo y venenoso para el país despojado, al que por lo visto, también con el empleo de este recurso se le quiere empujar fuera del Occidente—en el que no está ya el litoral sur del Estrecho—, como si sobre el Occidente, Reino Unido incluso, no se acumularan ya bastantes problemas y amenazas, y como si las exclusiones no dejaran huecos en efectivos muy mermados, con peligro de que la víctima se busque algún lugar.

En resumen, no podemos recomendar la lectura de este libro, a pesar de nuestra gran capacidad para encontrar siempre algo útil en la letra impresa. Sólo para conocer una nueva versión de añejos sofismas del más inexacto cuño imperialista—o al servicio del viejo imperialismo—puede resultar conveniente su lectura a unas docenas de personas, ya enteradas.

En una colección divulgadora como «Que sais-je?», la obra sólo producirá extravío y estrago, aparte de dañar la reputación científica del «Presses Universitaires de France». El celo de los neófitos es siempre temible; las más desenfadadas plumas inglesas no se han atrevido a escribir una obrita, como ésta, tan inclinada en provecho del que ostenta la decisiva calidad material de más fuerte. Pero la cultura no se sirve inclinándose sólo por ciertas realidades materiales. Que, pese a quien pese, no van a ser «eternas».

José M.<sup>a</sup> CORDERO TORRES.



BULL, Hedley: *The Control of the Arms Race. Disarmement and Arms Control in the Missile Age*. Londres, Weidenfeld & Nicolson, para el Institute for Strategic Studies, 1961, XIV más 215 páginas.

Uno de los máximos componentes de la escena mundial del presente lo constituyen los avances técnicos en el terreno de los armamentos. Con un panorama tan hosco que, ya bajo el tema del desarme o bajo los aspectos del control y de la reducción de los armamentos no deja de incitar a la agilidad mental.

Inserta en esa trayectoria va la monografía reseñada. Ella se ofrece como fruto de un concienzudo trabajo. En su labor, el autor era ayudado por un grupo de estudio del *Instituto para los estudios estratégicos* y por las discusiones desarrolladas en su segunda Conferencia anual—celebrada en el *Worcester College*, de Oxford, en septiembre de 1960—, sobre ese mismo tema.

\* \* \*

La obra registrada empieza por establecer la distinción entre *el desarme y el control de los armamentos*, y la problemática previa de uno y de otro, con sus mutuas intersecciones.

Sentada la realidad de que *el factor militar es un importante elemento en la política internacional* (pág. 4), aflora naturalmente una pregunta: ¿cuáles han de ser *los objetivos y las condiciones del control de los armamentos*?

Esos objetivos y esas condiciones son delineados por Mr. BULL—en la primera parte del libro—, a través de cuatro secciones, en donde se enfoca una multiplicidad de matices, trasfondo de la trascendente cuestión objeto del volumen reseñado (desde el problema moral de la guerra hasta el desarme unilateral y el neopacifismo, pasando por la definición de la seguridad internacional, el equilibrio de poder y el concepto de la guerra limitada).

*El desarme controlado* forma el tema de la segunda parte.

En ella el autor examina en primer lugar los perfiles del desarme nuclear. Y pone en guardia al lector contra la idea de que el único problema de la guerra moderna sea el de la bomba atómica. En efecto, de un lado, los explosivos nucleares no son más que uno de los productos de la técnica militar contemporánea (pág. 95). De otro, debemos enfrentarnos con el hecho de que *el armamento atómico formará parte del contexto técnico de toda guerra futura* (pág. 98). De ahí la lógica de la afirmación estampada en el volumen comentado: «No está dentro de la competencia de un Acuerdo de desarme el restaurar un mundo que se halle libre d la tecnología nuclear.»

Por consiguiente, *un drástico desarme nuclear es casi inconcebible*, desde el momento en que, para asegurar su realidad, sería preciso instituir un control mucho más estricto del que puede aceptar el régimen soviético.

A continuación desfilan los detalles del desarme convencional y del desarme y la guerra atómica, biológica y radiológica (haciéndose en estos casos una sistemática caracterización).

Ocupándose del desarme general, Mr. BULL no esconde su escepticismo acerca de tan inmenso asunto. Sin embargo, admite que las propuestas en favor de tal política deben ser cuidadosamente examinadas, saliendo al paso de la adopción de una actitud hostil *a priori* (pág. 143).

En la parte tercera estúdiase *el control de los armamentos*.

Con tal motivo, la obra recensionada se preocupa particularmente de dos extremos sobre los cuales Moscú y Washington tienen, a primera vista, un interés común: impedir la expansión del *club nuclear* y los ataques por sorpresa.

En el primero de estos aspectos, se entra en las particularidades de los *Have coun-tries* y de los *Have Nots* en el campo atómico, y en las consiguientes derivaciones.

## RECENSIONES

Y en el segundo perfil, nos encontramos con las múltiples implicaciones del *recíproco miedo al ataque por sorpresa*.

No obstante, el profesor BULL concibe la posibilidad de medidas como las siguientes: a) una prohibición universal de las experiencias nucleares, una prohibición universal de manufacturar armas nucleares, la abstención de exportar armas de esta clase, el control en común de esas armas, el establecimiento de zonas desatomizadas, etc.; b) desarme parcial (abolición de todos los *means of delivery* y control de los *missiles*), la creación de una fuerza especial de inspección internacional—con la tarea, en período de crisis, de aportar las pruebas de que no existen reales preparativos de agresión—, el mantenimiento de estrechos contactos entre los Gobiernos interesados—a fin de evitar todo error de juicio sobre las intenciones respectivas.

\* \* \*

El gran mérito del estudio comentado radica en haber introducido una claridad total en el asunto del desarme. Se asiste a un verdadero examen clínico—punto por punto—del conjunto del problema, tratando de no dejar nada en la sombra. Y, en esta tónica, BULL va hasta consagrar su atención a las armas que no existen todavía...

Y el autor no hace concesión alguna a la demagogia, al sentimentalismo o a la literatura (fácil achaque ante tan *humana* materia). Paralelamente, se niega a cerrar los ojos a las realidades, por desagradables que sean.

En suma, la obra reseñada hace meditar sobre las diversas facetas del desarme, aunque no se compartan todas sus conclusiones. En esa singularidad se basa su extremada utilidad.

Tal vez, tal vez quepa decir que estemos más ante un catálogo de objeciones que ante un programa de acción. Pero, a la vista de los rumbos del mundo contemporáneo, no resulta nada superfluo que quienes se mueven en los medios de la forja del desarme y de la paz conozcan los límites de su actuación y las dificultades que han de superar.

Y téngase bien en cuenta que la finalidad de la investigación de Mr. BULL era esa precisamente. Así lo sostiene él mismo en las primeras líneas de la conclusión de este estudio. Recojamos sus palabras: «El objeto de esta investigación no ha sido resolver la controversia sobre la guerra y el desarme, sino esclarecerla, examinando con ojo inocente las dificultades inherentes a todas las políticas.»

La discreción ha de gravitar sobre todo este cúmulo de cuestiones. A fin de cuentas, el universo actual encierra elementos que imponen la prudencia como urgencia incuestionable...

LEANDRO RUBIO GARCIA.

MAMADOU DIA: *Nations Africaines et solidarité mondiale*. Presses Universitaires de France, 1960, 148 páginas.

El autor, presidente del Consejo de Ministros del Senegal, es una de las más relevantes personalidades del Africa contemporánea. Su amplia formación cultural y su experiencia política le colocan en la primera fila de los dirigentes del Continente. Esa formación—ha sido profesor y periodista—y sus amplios conocimientos de economía se traducen en puntos de vista sobre la actualidad y el futuro de Africa que, vertidos en esta obra, resultan muy interesantes para el conocimiento de los candentes problemas que el mundo africano plantea.

Esta obra es tanto más notable porque se produce en un momento crucial de la vida del autor. Aquel en que, vicepresidente del Gobierno de la Federación Malí y mi-

ministro de Defensa, adquiere unas responsabilidades gubernamentales que le obligan a someter a estricta confrontación sus propias teorías elaboradas en años de actividad política exenta de responsabilidad gubernamental. Y de esto se produce un evidente choque con su formación socialista. El socialismo, que había nutrido su pensamiento y que se propaga en África como panacea de la resolución de los problemas vigentes, es superado por Dia en un notable esfuerzo para acomodación a la viva realidad. Por eso sus frases son notablemente justas frente a fenómenos concretos—como el colonialismo—que el marxismo acostumbra a presentar tan sólo en su aspecto desfavorable: «Resulta forzoso reconocer, contra la tesis que habíamos sostenido en otro tiempo, bajo la excesiva influencia de teorías radicalmente marxistas, de las cuales después hemos descubierto su carencia de rigor científico al contacto de las realidades contemporáneas, que en el caso preciso de Túnez, el Protectorado francés ha gozado un papel de *creación económica colectiva* y que deben anotarse en su activo hechos de crecimiento y de desarrollo e índices de progreso» (pág. 73).

La objetividad con que Dia aborda el estudio de los problemas africanos, junto al acervo documental—selecto y significativo—en que se apoya, confiere a esta obra un carácter de importancia que sobrepasa a la de las obras que otros dirigentes africanos han producido en estos años.

El pensamiento capital de Dia—la necesidad de superar los viejos marcos de países africanos de dudosa viabilidad—coincide con el de otros destacados políticos, pero, en contra de lo que prevalece en África, supone que el *neutralismo* es causa de la actual fragmentación. «El neutralismo, en definitiva, es la libertad para todo imperialismo nuevo de implantación en África, y en la situación de balcanización en que se encuentran las economías africanas, de jalonar el continente de puestos de vanguardia y de zonas de influencia diversa. El neutralismo, sin duda sostenible a la escala de una gran nación africana aún no constituida, supone un oportunismo peligroso cuando se practica al nivel de pequeñas naciones o de Estados pigmeos sometidos a la tentación de dedicarse entre sí a mortales pujas, en lugar de presentar, frente a las nuevas estrategias de dominación, un frente común de resistencia. Los nacionalismos estrechos dejan ver su carencia de perspectiva histórica.» (Pág. 83.) Frente a los periclitados nacionalismos en boga en el Continente, Dia expresa su jugosa teoría de la nación—cuyas fuentes pueden hallarse en Renan, Perroux o Peguy—como *afirmación, vocación colectiva y misión*. «Se puede ver que la nación—como vocación colectiva, recubre forzosamente patrias y pueblos diversos. Esto hace estúpidas ciertas disputas en torno a fronteras que parecen apasionar hasta el más alto grado a los dirigentes africanos o árabes» (pág. 6). «Todo se presenta como si la nación fuese un absoluto mientras que por definición es una realidad contingente, de límites cambiables, lo cual es especialmente verdadero para el caso de una nación en vías de formación. La historia nos enseña ejemplos: las vocaciones nacionales venecianas y florentinas habiendo sido netamente expresadas no por ello se han disuelto menos alegremente en una vocación colectiva más amplia y más auténticamente nacional, la vocación italiana» (pág. 7). Por esto se alza contra los «socialistas occidentales que piden a los pueblos colonizados abandonar su vocación nacional por el socialismo». «El nacionalismo de los países coloniales o ex coloniales deberá ser, para alcanzar el rendimiento deseable, un nacionalismo activo y constructivo, resuelto a transformar un estado de revuelta en una revolución eficaz.»

Dia manifiesta una evidente preocupación de poner en guardia a las jóvenes naciones africanas contra los cantos de sirena que pretenden que el marxismo-leninismo supondría el rápido desarrollo del Continente y el agüe del nacionalismo. «Es preciso anotar ante todo las intenciones de los apologistas del marxismo-leninismo que se presentan simultáneamente como campeones del nacionalismo africano y es que el apoyo de la ideología que patrocinan a los movimientos de liberación de los pueblos está motivada en realidad por consideraciones de táctica y de estrategia. Pues, en efecto, para el marxismo-leninismo no tienen las naciones un derecho absoluto a la independencia... En el plano de la aplicación práctica de esta concepción de autonomías nacionales, la era staliniana ofrece trágicos ejemplos, especialmente en las Repúblicas de Asia Central» (pág. 15).

A la profunda experiencia de Mamadou Dia no pasa desapercibido el hecho de que las ayudas que obtienen los países subdesarrollados del bloque soviético suponen un grave peligro para su porvenir. En su capítulo «Independencia y neo-colonialismo» se aplica a mostrar este aspecto, singularmente importante, con notoria claridad. «A la sombra de las independencias recientemente adquiridas se desarrolla hábilmente una verdadera estrategia de dependencia, anunciando la era de un neocolonialismo. La ofensiva soviética en los países subdesarrollados ilustra bien esta nueva evolución hacia un colonialismo económico. Se calcula que durante el segundo trimestre de 1957, casi 2.300 técnicos han trabajado en 19 países durante mes y medio; que en el mismo año las universidades o empresas soviéticas han recibido alrededor de 2.000 técnicos venidos de países subdesarrollados para su formación. En la medida en que la ayuda técnica ofrece la posibilidad de una conquista ideológica se puede medir todo el peligro a fin no de rechazarla, sino de tomar las precauciones indispensables» (pág. 41). Y se extiende en amplias consideraciones acerca de las modalidades que dichas ayudas ofrecen señalando la fórmula adoptada por el comunismo para beneficiar sus intereses. Es un alegato objetivo y prudente que se complementa con un luminoso estudio acerca del «ejemplo de las economías del Este», donde, pasando revista a las realidades económicas del bloque soviético, demuestra que la U. R. S. S. impone a los Estados satélites sus propias directrices económicas buscando no el progreso material de los mismos, ni la elevación de su nivel de vida, sino el exclusivo provecho de la U. R. S. S. «Estas cifras subrayan la preponderancia creciente de la economía rusa y la creciente disparidad, en el interior de la zona, donde aparecen economías de segunda zona. Durante todo este período de dependencia, que no cede en nada a la dependencia política, Rusia reina literalmente como dueña, se adjudica los productos-clave, realiza los tráficós por su cuenta, mantiene los polos del desarrollo y los recursos financieros, gracias a una hábil política de «participación socialista» que coloca en su provecho los haberes procedentes de reparaciones de guerra y reconstruye su economía a expensas del crecimiento normal de los otros» (pág. 49). Los diversos ejemplos que aduce en este denso capítulo acreditan los notables conocimientos económicos del autor. Por otra parte resulta interesante comprobar cómo, a despecho de la masiva propaganda soviética, las más destacadas mentalidades africanas pueden valorar en sus justos términos las realidades que reposan tras la cacareada «ayuda fraternal» soviética a los países subdesarrollados.

Especial interés ofrece el capítulo consagrado a la Federación Malí, de la cual Dia fué destacado artífice. El posterior, y lamentable, fracaso de la misma, que implica la escisión de sus integrantes (Senegal y Sudán), no altera el hecho de que su concepción repose sobre hechos válidos. Suponía «un modelo de construcción nacional en una perspectiva de economía colectiva, siguiendo un proceso de expansión por círculos de solidaridad concéntricos». Pese a su fracaso esta tentativa debe permanecer viva en la mente de los dirigentes africanos, porque resulta evidente que es superable la atomización actual mediante fórmulas de cooperación regional. «Se habla con grandilocuencia de la unidad africana. Se denuncian con vehemencia las divisiones establecidas por las autoridades coloniales. Pero ninguna tentativa seria, desinteresada, se ha emprendido para reparar el mal y operar reagrupaciones inspiradas por un deseo sincero de unidad. A la cooperación horizontal se prefiere a veces, por oportunismo o por razones de propaganda personal, alianzas verticales fundadas en un espíritu que agrava las viejas divisiones.» Para el futuro de Africa, es fundamental que puedan sujerarse las barreras del territorialismo en aras de una potenciación político-económica del Continente.

La obra de Mamadou Dia, pese a su limitada extensión, sin duda ha de ser considerada fundamental para el estudio de Africa.

JULIO COLA ALBERICH.